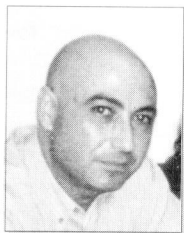




Trascendencia y valor en Max Scheler

La farsa de la ética del consumo y el error en los valores



**Diego
Medina Morales**

fd1memod@uco.es

A Marta Albert

Un autor a quien preocupó intensamente el problema de los valores fue Max Scheler (1874-1928). Este filósofo universal, nacido en Munich, discípulo de Husserl, dedicó gran parte de su vasta obra al estudio del “valor”. Partiendo del método fenomenológico Scheler se dirige, en un viaje intuitivo, hacia el mundo de las esencias, hacia el mundo de una trascendencia que devuelve al hombre su “razón de ser”, su “razón de existir”.

Los valores no son relativos

Acostumbrados, como hoy estamos, a una sociedad que gravita en torno al valor material de las cosas, en torno a lo útil, acostumbrados a una sociedad donde todo es mensurable, donde se nos hace creer que todo es susceptible de cómputo, puede parecer extraño, por inhabitual, hacer referencia a las esencias, puesto que éstas ni son mensurables, ni son tangibles.

Por el contrario, el autor de *El sentimiento en la Moral*, pone a los valores en la base de todo comportamiento ético, y con ello da sentido trascendente a la moral y ofrece el camino para recuperarla del secuestro al que estaba siendo sometida –y al que aún hoy sigue estando– por empeño de las doctrinas positivistas e individualistas imperantes en aquella época.

Los valores no son relativos, ni sus-

ceptibles de ser negociados, como pretende el positivismo más radical. Por mucho que la capacidad discursiva y racional humana sea perfecta –que no lo es– siempre, por lo demás, estará sometida a la posibilidad de error; es decir, siempre será susceptible de error. La ética construida por el hombre, sin el auxilio de la trascendencia no conduce más que a un “absolutismo jurídico” que tiende a imponerse sin más límite que la voluntad y el poder de quien mande. Por el contrario la ética trascendente (la verdadera ética), que mira al hombre en su espiritualidad y en su verdadero “valor”, hace posible orientar la ética de los hombres que, así, no resulta ya relativa o producto de la mera convención. Sin entrar al examen profundo de la naturaleza de los valores, podríamos, como lo hace Scheler, compararlos con los colores para mostrar que, al igual que éstos, los valores son cualidades que existen independientemente de sus respectivos depositarios. Así podemos referirnos al “rojo” como una cualidad pura, sin necesidad de referirnos a su concreción en un objeto u otro. El “rojo” es una cualidad, es un color, que se concreta al manifestarse en la vida tangible y contingente, y que cuando lo hace puede hacerlo con diversas apariencias, con diversas tonalidades. Ahora bien, no por ello, el “rojo” es una cualidad relativa. Precisamente lo que hace posible que lo reconozcamos y no lo confundamos con el resto de colores del espectro es su naturaleza “trascendente” y permanente –el admitir que el “rojo” existe, como cualidad pura, por encima de todas sus posibles formas de concreción en el mundo–. Si inferimos, erróneamente, que el “rojo”, por concretarse con diversas tonalidades en la rea-

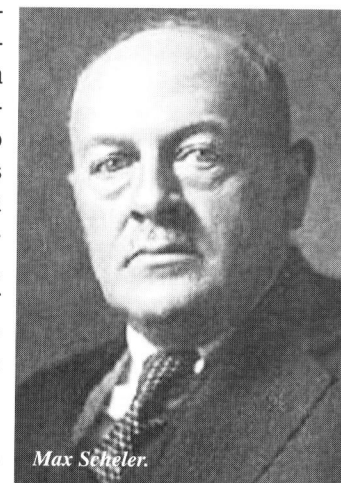
lidad, es una cualidad relativa y dependiente de una convención humana –es decir, de lo acordado por los hombres en cada momento– deberíamos entonces, también, admitir que –por ser producto de lo que, en cada momento, acordásemos–, arbitrariamente, se puede pactar que

el número de colores –es decir, de los que existen– varíe según la opinión de las mayorías o, incluso, que los hombres puedan decidir, cuando les plazca, que el “rojo” y el “azul” sean un mismo y único color. Pero, como sabemos, eso no es posible; y no es posible porque el “rojo”, como cualidad, existe –y existirá siempre– por encima de la voluntad de los hombres que –le den un nombre u otro– no pueden sino reconocerlo y admitir que el “rojo” es “rojo” y en modo alguno “azul”. Precisamente por eso, aunque nunca podamos definir exactamente que sea el “rojo”, sí que podemos decir “lo que no es”. En consecuencia, podemos afirmar tajantemente que algo es “azul” y no “rojo”, y que, “azul” y “rojo” son dos colores, dos cualidades, muy distintas.

Los bienes son cosas valiosas pero no son el valor mismo

Así pues, al igual que el “rojo” es una trascendencia –una cualidad– que no puede ser confundida con su representación material, los valores son también

(Pasa a pág. 20)



Max Scheler.



(Viene de pág. anterior)

cualidades independientes de los bienes –los bienes son cosas valiosas pero no son el valor mismo–. La autonomía de los valores frente a sus respectivos depositarios (los bienes) es uno de los principios de la axiología scheleriana. Al igual que los colores, los valores, como esencias trascendentes, nos orientan no para saber que sea “lo bueno”, “lo justo”, “lo bello”, “lo digno”, etc., sino para saber cuando algo es “malo”, “injusto”, “feo”, “indigno”, etc. Es decir, el “bien” no puede ser definido, puesto que no podemos definir racionalmente ningún valor –la razón no explica los valores, sólo los reconoce intuitivamente–, pero nos permite reconocer cuando éstos están ausentes.

Nuestra sociedad es hipócrita

De este modo, no podremos definir que deba entenderse por “bien” –aunque muchos, incluso los positivistas, hayan perdido su tiempo en intentarlo–, pero sí que podremos decir de algo concreto que “no es bueno”; o

de igual modo que “no es justo”, que “no es bello”, que “no es digno”... El valor no se identifica con el placer, con la complacencia; insisto, el valor no puede ser definido. Por eso nuestra sociedad actual es una sociedad hipócrita, que después de negar los valores, los pretende construir, haciéndolo desde una cosmovisión económica, individualista y capitalista. Se nos dice, cada día, desde los medios de comunicación que es bueno tener un gran coche, una magnífica casa, ganar cuantioso dinero, hacer grandes y suntuosos viajes y un largo etcétera de productos más que se identifican con “lo bueno”. Por el contrario, no se nos invita a ser buenos operadores sociales –sobre todo si ello nos cuesta el dinero–, a tener auténticas relaciones humanas –y no sólo relaciones superficiales o basadas en el materialismo–, a estar a las duras –y no sólo a las maduras, como dice el tradicional refrán–, a admitir el dolor y la enfermedad –propio y ajeno– como parte imprescindible de la vida. No, a eso, no somos invitados; aun cuando

todos sabemos, gracias a los valores, que, por ejemplo, entre otras cosas, expulsar del entorno familiar a un padre o a una madre (enfermo y viejo) porque nos estorba para seguir luchando por conseguir un gran coche o hacer un magnífico viaje, o para tener la libertad individual de hacer “lo que nos de la gana” –o, como algunos dicen, para hacer “nuestra vida”– no parece ser demasiado bueno. Como también sabemos que, más genéricamente referido, no ayudar a quien lo necesita no es “hacer el bien”.

Mientras tanto, la vida sigue y todos seguimos siendo esclavos de esta ética del consumo, de este materialismo impuesto en nuestra actual sociedad, que nos desintegra, que nos hace desconocer quienes somos, que nos hace estar cada día más aislados, que nos hace sentirnos cada día más solos y que, finalmente, no nos permite más que alcanzar, en cualquier caso, un sentimiento fugaz de felicidad, hurtándonos la verdadera felicidad en la que sí desemboca la trascendencia.